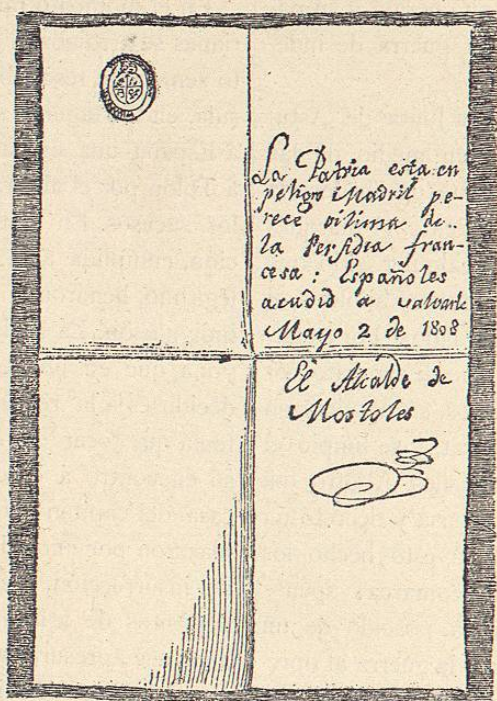


de su traición; pero el barón de Albalat inocente, aunque de él se sospechaba, fué hecho pedazos por la multitud furiosa, nuevo ejemplo de las equivocaciones de esas justicias sumarias que juzgan sin discernimiento y dan de ciego. Algunos días más tarde el pueblo de Valencia, cayó bajo el dominio de un sacerdote fanático, del canónigo Calvo, quien deshonró su revolución con el asesinato de los residentes franceses refugiados en la ciudadela. Pero esos

asesinatos fueron muy pronto castigados con el suplicio de Calvo y de sus partidarios, y la ciudad avergonzada de sus excesos, va á borrarlos dentro de poco con hechos que la rehabilitaron á los ojos del mundo.

Al principio de la insurrección, esas escenas sangrientas que, una vez empeñada la guerra, serán las más de las veces justas aunque inexorables represalias, están lejos de ser un hecho general; hasta se



puede sostener que son excepcionales, sobre todo si se tiene en cuenta la violencia de las pasiones que estaban en juego. En general los franceses establecidos en España fueron protegidos contra el furor popular, á pesar del odio de que habían sido objeto. En cuanto á los funcionarios que fueron castigados, si su castigo era á la vez irregular y excesivo, su adhesión al gobierno de Murat era á buen derecho considerada como un crimen. En muchas ciudades se contentaron con destituirles, en otras se les alistó pura y simplemente en la insurrección. En Valladolid, residencia del capitán general del reino de León, Gregorio de la Cuesta, viejo militar y buen patriota, pero de carácter altanero y obstinado, acostumbrado á no creer más que en la fuerza regimentada, creía toda resistencia inútil. Los sublevados, viendo que ni sus súplicas, ni sus razones, ni sus amenazas, podían decidir al viejo general á declararse por la insurrección, levantaron una horca delante del balcón

de su casa y le intimaron que eligiera entre la muerte y el mando de las fuerzas insurgentes. Este perentorio razonamiento puso fin á los escrúpulos de Cuesta, ora que le hubieran intimidado, ora que al fin comprendiera que una energía tal podía convertirse en un poderoso instrumento de liberación del territorio.

El levantamiento de Galicia siguió de cerca al de Asturias, país con el cual confina. Este hecho hizo caer en manos de la insurrección los puertos y arsenales del Ferrol y de Coruña, cuya posesión quería asegurarse hacía mucho tiempo Napoleon. Pero se tuvo que deplorar el asesinato del general Filangieri, hombre que se había hecho amar por la rectitud y dulzura de su carácter. Casi al mismo tiempo se supo la sublevación de la provincia de Santander, que amenazaba de cerca las comunicaciones francesas con los Pirineos.

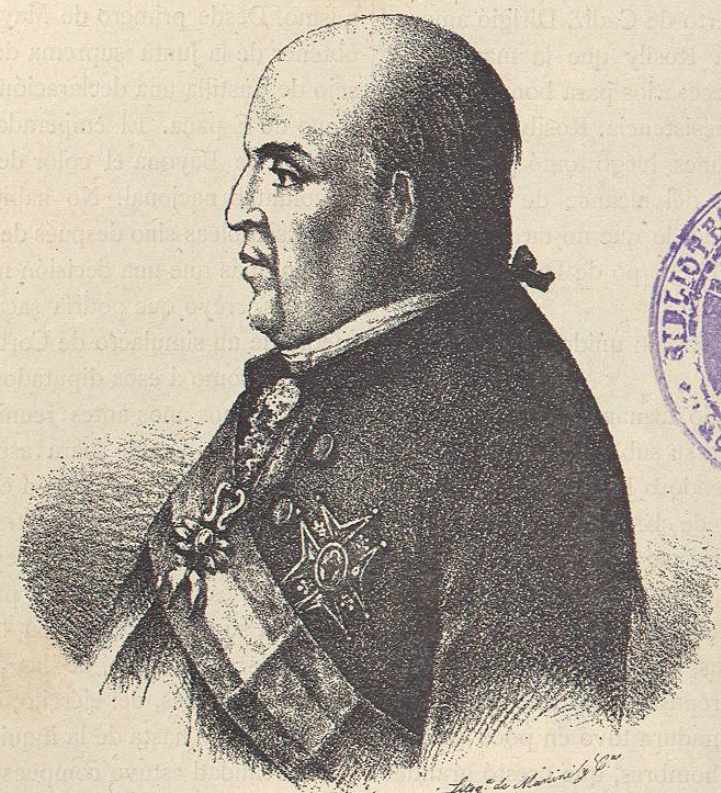
La del reino de Aragón hizo su explosión en Za-

agoza en donde el pueblo adivinó y escogió un héroe en la persona de José Palafox; en fin, la de Castilla la Vieja y de Cataluña vino á completar en pocos días la insurrección de las provincias del Norte. Sólo las provincias vascas inundadas de soldados franceses que las recorrían en todas direcciones, se abstuvieron de tomar parte en el movimiento. En el Mediodía todo ardía, allí y como en todas partes se había corrido á las armas sin saber lo qué pasaba en el resto de España. La junta insurreccio-

nal de Sevilla tanto creía ser la única y que ella obraba por todos, que había tomado con la mayor sencillez el título de Junta Suprema de España y de las Indias, persuadida de que era el último asilo del patriotismo español y parodiando á su manera este bello verso del poeta:

Roma no está en Roma, sino en donde yo estoy.

Este hermoso arranque nacional desgraciada-



INFANTE ANTONIO PASCUAL

mente se manchó con el asesinato del conde del Águila.

Andalucía era la provincia en donde había más tropas españolas, gracias á las precauciones que Napoleon había tomado para alejarlas de Madrid. Encontrábanse en bastante número en Sevilla, mayor número de ellas había en Cádiz y en el campo de San Roque, cerca de Gibraltar. Esas combinaciones, que se llamaban previsoras, tuvieron por efecto hacer de Andalucía, país fortificado naturalmente por Sierra Morena, el centro más formidable de la insurrección española.

Habiendo tomado las tropas de Sevilla parte inmediatamente por la causa nacional, pensó la Junta en seguida en asegurarse de Cádiz, el primer puerto de la Península, y del campo de San Roque en

donde se encontraba el ejército más importante. Castaños, que era el comandante del Campo, se pronunció tan pronto llegó el delegado de la Junta de Sevilla.

Obstáculos inesperados encontró por su parte el emisario enviado á Cádiz. El capitán general de Cádiz era ese mismo Solano que había hecho la campaña de Portugal en compañía de Junot. Descontento en un principio por el triste papel que había desempeñado en esta aventura, pero luego ganado á su causa por las atenciones de Murat, Solano se había resignado á aceptar el nuevo régimen. Después de haberlo hecho todo para detener el movimiento, se sometió de bastante mala gana cuando hubo reconocido su fuerza irresistible, y prometió obedecer á la voluntad popular.

Pero no estaba en su mano poder disipar la desconfianza y los resentimientos que sus tergiversaciones habían excitado en la alma de un pueblo de quien hacía pocos días era su ídolo. Cogido en casa de un amigo en donde había buscado un refugio, Solano, fué asesinado en una plaza de Cádiz y murió con un valor que habría hecho su gloria si lo hubiese empleado contra los enemigos de su país. Tomás de Morla fué nombrado en su lugar.

Intimóle la Junta la orden de atacar la armada francesa que, desde la catástrofe de Trafalgar, estaba bloqueada en el puerto de Cádiz. Dirigió amenazas á Rosily que la mandaba é hizo los preparativos necesarios para bombardear la escuadra en caso de resistencia. Rosily ganó algunos días con negociaciones, luego tomó posesión en medio de la rada, fuera del alcance de los fuegos de la ciudad, convencido de que no tardaría en ser puesto en libertad por el cuerpo de Dupont que debía ocupar Andalucía.

Jaén y Córdoba se habían unido desde luego al movimiento de Sevilla.

Granada se pronunció armando toda su población válida; arrastró en su sublevación á las tropas suizas que mandaba Teodoro Reding en Málaga.

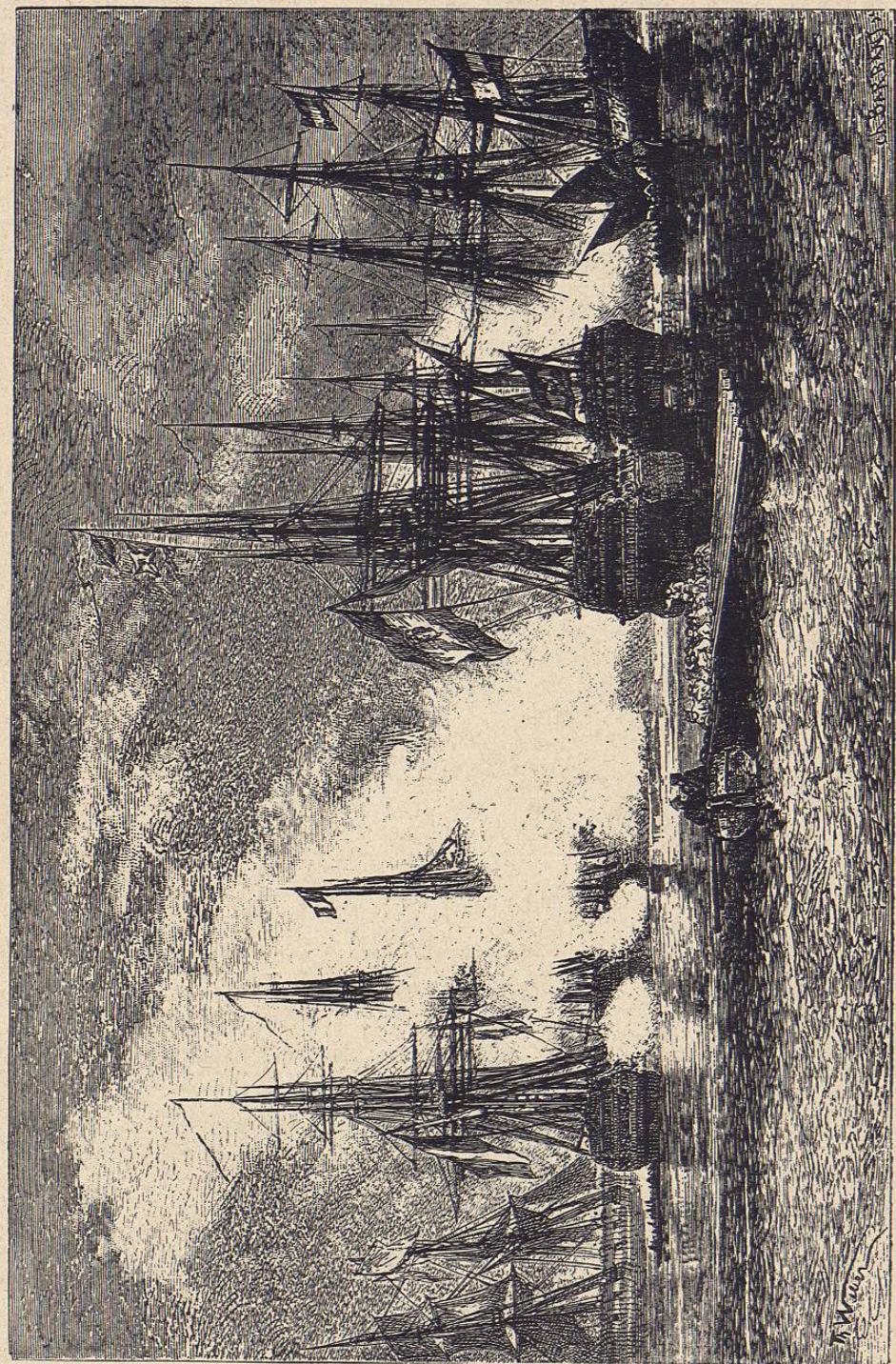
En Badajoz, capital de Extremadura, esperó el pueblo como en muchas partes, el día de San Fernando, —20 de Mayo,—para levantarse. La insurrección ocurrió casi bajo los cañones de los franceses que ocupaban Elvas, á poca distancia de allí, y se puso desde luego á repasar las fortificaciones que caían en ruínas. Extremadura tuvo en poco tiempo un ejército de 20.000 hombres, que prestó grandes servicios interceptando las comunicaciones de Junot con el ejército francés de Andalucía.

Mientras se declaraba esta gran crisis nacional, en la cual debía España templarse de nuevo ó perecer, Napoleon siempre en Bayona, apresuraba á la vez la llegada de su hermano José que quería hacerle reinar sobre los españoles; y de los diputados recalcitrantes de España que debían de buena ó mala gana ofrecer esta corona en nombre del pueblo, en fin, lo que se complacía en llamar la reorganización de un reino que ya no le pertenecía. Sus intenciones se las había significado por medio de una breve carta y tan perentoria que no admitía objeciones. «Es á vos, le decía, á quien destino esta corona...», en Madrid, estáis en Francia, Nápoles está en el fin del mundo. Deseo, pues, que inmediatamente después de haber recibido esta carta, dejéis la regencia á quien os parezca mejor, y el mando de las tropas

al mariscal Jourdan y que marchéis para venir á Bayona... Recibiréis esta carta el 19, partiréis el 20 y estaréis aquí el 1.º de Junio.»—10 de Mayo.

Este tono imperativo era calculado á fin de vencer las repugnancias conocidas de José en abandonar un reino en donde se consideraba ya arraigado, y también en razón de su carácter fácil y complaciente... Pero Napoleon había tomado por adelantado todas sus precauciones para que la aceptación de José fuese por decirlo así forzosa, y resultase comprometido antes de haber visto nada por sí mismo. Desde primero de Mayo, había conseguido obtener de la Junta suprema de Madrid y del Consejo de Castilla una declaración llamando á José al trono de España. El emperador esperaba dar á la traición de Bayona el color de una deferencia por la voluntad nacional. No habiéndole enviado esas dos Asambleas sino después de haberse hecho rogar mucho, más que una decisión mezclada con muchas reservas, creyó que podría sacar mejor partido por medio de un simulacro de Cortes. Convocólas para Bayona, como á esos diputados de la Cisalpina que había algunos años antes reunido en Lyon, y quienes, habiendo venido para asegurar la libertad de su patria, habían regresado á ella después de haberla entregado. Esta junta extraordinaria encargada de dar al mismo tiempo un rey y una constitución á España, estaba convocada para el 15 de Junio; y debía en su seno contar con los representantes de la grandeza, del clero, de las órdenes religiosas, de las universidades, del ejército, del alto comercio, de las colonias y hasta de la inquisición.

En realidad estuvo compuesta, en parte, de grandes de España que habían acompañado á los príncipes á Bayona y que Napoleon había retenido en Francia, en parte, de altos funcionarios solícitos para salvar su posición con todos los regímenes, en parte, en fin, de todos los personajes que se consiguió arrastrar con gran gasto de promesas, de amenazas ó de halagos. Debía constar de 150 diputados, y no reunió más que una mitad. Napoleon tenía á la sazón en España, si uno admite su propia evaluación, de 110 á 120.000 hombres, independientemente del ejército de Portugal. No eran bastantes para someter toda una nación fanatizada por el odio del extranjero, pero eran bastantes para ocupar buenas posiciones defensivas en el centro mismo del país, y para batir todos los ejércitos de la insurrección que se atrevieran á presen-



LA ESCUADRA ESPAÑOLA RINDE A LA FRANCESA EN EL PUERTO DE CÁDIZ